

AGENDA CIUDADANA

EL PROYECTO NACIONAL (EL RETORNO AL ORIGEN)

Lorenzo Meyer

El Proyecto Nacional.-Si extendemos la mirada a todo lo largo del siglo XX mexicano, encontraremos que el proyecto nacional de hoy es, en un sentido profundo, similar al que dominaba al iniciarse el siglo. Tras un largo periplo hemos vuelto al punto de partida, al origen, aunque, claro, la inocencia de ese proyecto original ya no existe, hoy sabemos a donde condujo ese proyecto y tal conocimiento no puede simplemente hacerse a un lado. Nos guste o no, a todos conviene reconocer las similitudes y diferencias entre el principio y el fin del siglo XX para, al menos, evitar que se repitan los errores del pasado.

Pero ¿que es exactamente el "proyecto nacional"?. El término se refiere al plan de largo plazo y a los medios para llevarlo a cabo, que la dirigencia política ofrece al país como el conjunto de objetivos legítimos del esfuerzo colectivo. En otras palabras, el proyecto nacional es la imagen del futuro en función del cual se lleva a cabo el esfuerzo del presente y se justifica o descalifica el del pasado. En todo proyecto nacional digno de tal nombre, hay siempre una mezcla de utopía con realismo, pero también una justificación ética y política de los privilegios del aquí y ahora en relación a una idea de la justicia sustantiva que ha de lograrse en el futuro.

Un Indicador: el Discurso.- En principio, el mejor indicador de la dirección en la que marchamos los mexicanos como

sociedad y de los objetivos que esa marcha persigue, deberían ser los planes de gobierno y el discurso al más alto nivel de la dirigencia política, es decir, del presidente. En 1933, el Plan Sexenal del general Cárdenas resultó ser una buena síntesis de su proyecto para México, desafortunadamente las plataformas políticas y discursos presidenciales posteriores rara vez tuvieron esa congruencia entre dicho y hecho. Por incompetencia o mala fe, el hecho claro es que el retorno a las esencias de la Revolución Mexicana que propuso el largo y confuso discurso de Luis Echeverría, resultó un populismo confuso y lleno de contradicciones. La lucha contra la pobreza y la "administración de la abundancia" petrolera de José López Portillo, terminó en una crisis económica y una deuda externa mayúsculas. La reconversión industrial de Miguel de la Madrid fue el inicio de la desindustrialización como resultado de una apertura comercial extrema y su "renovación moral" una quimera. La "solidaridad" y el "liberalismo social" de Carlos Salinas, en la práctica, fueron procesos de concentración de la riqueza, "mitos geniales" que hicieron a México más vulnerable que antes a los flujos del capital especulativo internacional y propiciaron una corrupción en gran escala. Finalmente, el "bienestar para la familia" prometido por Ernesto Zedillo por la vía de la continuación y profundización de la reforma neoliberal, sólo ha dado como resultado la mayor caída del Producto Interno Bruto desde 1932, una dependencia aún mayor de Estados Unidos y una notable confusión sobre el futuro.

Un Mejor Indicador: el Presupuesto.- Hace 29 años un profesor norteamericano, James W. Wilkie, en su libro *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910* (Berkeley, Universidad de California, 1967), propuso buscar en los presupuestos federales --en el destino de los recursos públicos-- un indicador más confiable de la verdadera naturaleza de los diferentes proyectos de los gobiernos mexicanos. Es verdad que el gasto federal es sólo una parte del gasto público total (el sector paraestatal llegó a representar en los setentas y ochentas un volumen casi igual de recursos), pero de todas formas, es un indicador más objetivo que el discurso. El profesor Wilkie encontró que dividiendo ese gasto en tres grandes rubros --administrativo, económico y social-- y examinando su evolución sexenal, resultaba claro que hubo en México varios proyectos nacionales en el siglo XX.

De finales del Porfiriato y hasta 1930 la naturaleza del gasto y la acción del gobierno federal no varió gran cosa; pese a la revolución, las prioridades del nuevo régimen se parecieron a las del antiguo mucho más de lo que se podía suponer: en ambos casos el grueso de los recursos públicos se dedicaron a sostener al propio aparato de gobierno, es decir, al gasto administrativo (en particular el militar). De pronto, con el presidente Cárdenas hubo un cambio y ese gasto administrativo fue, por primera vez en la historia de México, inferior a la suma del que se destinó a proyectos económicos y sociales; el "Estado activo" había nacido.

Como sabemos, el proyecto cardenista no pudo sostenerse, pero cambió no para retornar al pasado sino para privilegiar el gasto económico sobre los otros dos. Entre 1940 y 1959 el grueso de los recursos públicos se destinaron a proyectos de infraestructura: carreteras, presas, banca de fomento, etcétera; el "Estado desarrollista" era dominante. Con López Mateos, y siempre según los indicadores de Wilkie, hubo otro cambio y casi se logró un balance entre el gasto económico y el administrativo (39% y 42%); era el "Estado equilibrado".

Es ahí donde se detiene el análisis original de Wilkie, pero otras fuentes (INEGI, Estadísticas históricas de México, T. II, 1985, p.644), llevan a descubrir un quinto período, donde por fin el gasto social aumentó notablemente a costa del puramente administrativo y sin afectar mucho al económico; este período comprende los aparentemente distintos gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz por un lado y de Luis Echeverría y José López Portillo por otro; ahí surgió el "Estado social". Las cifras del INEGI ya no relatan la historia posterior. Sin embargo, el primer año de Miguel de la Madrid ya permite vislumbrar lo que venía: una disminución en los gastos de orden social y una inevitable concentración del gasto económico en el pago de la deuda, la heredada y la propia.

El neoliberalismo actual no sólo se propone una redistribución del gasto público, sino su disminución relativa. Si en 1988 el gasto público total representó casi el 40% del PIB, en 1992 ya fue sólo del 25% y si no cayó más fue por la enorme deuda interna y externa. En cualquier caso, es claro que

el nuevo proyecto busca dar al sector privado --nacional y extranjero--, el carácter de motor del crecimiento económico vía las exportaciones y en consecuencia disminuir la presencia de lo público en esa área, pero también busca hacer que el mercado asuma una parte importante del gasto social, por lo que no es difícil concluir que el objetivo final es concentrar el esfuerzo gubernamental en lo administrativo: se supone que así surgirá el "Estado fuerte" (o administrador) que sustituirá al fracasado "Estado obeso".

Las Lecciones del Pasado.- Se puede o no estar de acuerdo con el retorno al proyecto liberal, pero quienes lo apoyan deben hacerlo con la clara conciencia de que el liberalismo original fracasó totalmente en su intento por dar respuesta al problema social por la vía del mercado. Ese liberalismo desembocó pronto en una oligarquía montada en un mecanismo de atracción de capital externo y en la orientación de las actividades más dinámicas hacia las exportaciones; lo raquítico del mercado interno marginó a la mayoría de los mexicanos del "progreso" porfirista. En su etapa salinista, el neoliberalismo buscó resolver el viejo problema por medio del Programa Nacional de Solidaridad, pero hoy todo permite concluir que al final, los índices de pobreza no disminuyeron, sino todo lo contrario. El problema social, por tanto, continúa sin solución, y el proyecto neoliberal sigue trunco, pues no sabe como enfrentar eso que es justamente el problema histórico central de México: el social.

Otra lección que se desprende de la experiencia liberal original es esta: si el problema democrático no se resuelve las

fuerzas de la concentración del ingreso y el poder, llevan naturalmente a que el sistema oligárquico desemboque en una dictadura. Y resulta que la transición democrática mexicana -- aunque Ernesto Zedillo asegure lo contrario en España-- esta empantanada; la oposición no ha llegado a acordar con el gobierno las reglas fundamentales por las que se va a regir el juego del poder.

Una tercera lección que nos envían los proyectos nacionales que fueron, es que tan o más importante que decidir como distribuir los dineros públicos entre objetivos administrativos, sociales o económicos, es la manera de llevar a cabo esas tareas. Es evidente que desde el Porfiriato, pero sobre a partir de la postrevolución, una parte sustantiva de lo que en el papel aparece como gasto económico fue tan solo desperdicio y corrupción: vías de ferrocarril con demasiadas curvas (el subsidio se pagaba por kilómetro), presas que se asolvieron casi recién concluidas, programas agrícolas y ganaderos que terminaron en desastres económicos y ecológicos, carreteras mal hechas y peor mantenidas, obras que existieron únicamente en el papel, contratos inflados por influencias políticas, compras innecesarias, etcétera. Y desafortunadamente algo muy parecido se puede decir respecto del gasto social: hospitales inaugurados pero que carecen de insumos o que simplemente no funcionaron (¿es necesario recordar el famoso caso de Guadalupe Tepeyac en Chiapas), leche para ser distribuida entre las clases populares que estaba contaminada o que sencillamente desapareció de las bodegas, educación donde las cantidades no reflejaron la falta

de calidad, programas que se iniciaron pero no se concluyeron, libros de texto gratuitos que no se distribuyeron, unidades habitacionales que se transformaron en pesadillas urbanas, etcétera.

El Estado Administrador.- En el centro de la visión liberal antigua o nueva, esta la idea de centrar la acción del gobierno en el aspecto administrativo. Si finalmente los neoliberales consiguen el apoyo político y social suficiente dentro y fuera de México para seguir adelante con su proyecto, no hay duda que tienen por delante una tarea titánica. El Estado administrador que vislumbran debe ser, en primer lugar, lo que aún no es: democrático. Luego debe ser eficiente en tareas donde, hasta hoy, simplemente se ha perdido la batalla: garantizar la seguridad del ciudadano, cosa imposible con el aparato policiaco actual. Igualmente lejano se ve el momento en que el aparato judicial pueda proveer, por primera vez, justicia real y expedita. Finalmente, por mucho que se privaticen, hay servicios públicos y tareas sociales que simplemente no pueden dejar de ser responsabilidad directa o indirecta del gobierno, como la educación, el transporte público, proteger el ambiente o simplemente recolectar y procesar la basura; ninguna de estas tareas esta hoy bien hecha.

Afirma Carlos Monsivais que en México el pesimismo tiene bases empíricas y el optimismo necesita de la imaginación. Cualquiera que finalmente sea el proyecto nacional que se imponga, gobierno y sociedad vamos a requerir de mucha imaginación y voluntad para llevarlo a cabo.

